

## PRÓLOGO

Padre, aparta de mí este cáliz

La solución perfecta sería entrar al cuarto de su padre, echarle mano a la pistola y volarse la cabeza; aunque así estropearía la tradición de muerte natural en la familia y las alfombras persas que Enrique Martín, alias Pipo, había comprado en España en 1983 y que atesoraban colillas de cigarro, manchas de café, espermatozoides de vela casera, pedazos de uñas mal cortadas y muy pocos recuerdos adolescentes.

Enrique Martín había regresado de Europa con suficiente dinero para invertir en el confort de su hogar: en menos de dos meses saneó las filtraciones de los techos, repuso todos los equipos electrodomésticos y se aventuró en una reparación del carro —que incluía bajar y revisar el motor, sustituir los aros de los cilindros, balancear las gomas, calibrar las válvulas, afinar el acelerador y el clutch, corregir la dirección, los frenos, el sistema hidráulico y el eléctrico, ajustar las cuatro dichas puertas y agregar en los gastos chapistería general, pintura y mano de obra—. Trece años en la penumbra de un garaje habían acabado con la lata y todo el mecanismo.

Entre las nuevas inversiones, el precio debió andar por encima de los veinte mil pesos cubanos. David no sabía la cifra exacta, pero no precisaba respuestas: la discreción exigida por su padre se correspondía con una necesaria mesada de veinticinco dólares.

Las lluvias de mayo habían caído pesadamente sobre el asfalto de La Habana y David Martín, que tenía la sensación de haberse quedado a la intemperie, no encontró otro remedio que tomar las cosas a la tremenda. Cuando algo le pesaba en la conciencia, se consolaba pensando que, como último recurso, siempre podría aprovechar el arma de fuego de su padre.

Así que, después de todo, Enrique Martín, alias Pipo, lo ayudaría a terminar con sus miserias.

## RUTAS A NINGUNA PARTE

David Martín atravesó la reja de la secundaria básica, mascullando un «buenos días» que la portera se negó a responder.

El primer objeto vivo que distinguió del resto fue su profesora favorita. Se detuvo a imaginarla en mil poses eróticas: mordiéndose los labios, sudando, contorneándose, envuelta en adverbios, gerundios y yuxtaposiciones y medio distraído tropezó con un escalón que estaba a desnivel. Levantó a tiempo la cabeza para verla sonreír, producto de su mala pisada.

«El huevo quiere sal», pensó al firmar debajo de la raya roja delatora de su tardanza.

Mientras perseguía a Ileana con aquellos ojos hambrientos, se volvió hacia la plazoleta fingiendo atender al pleno apogeo de la actividad matutina. Los alumnos cuchicheaban, bostezaban, ignoraban y un grupo de profesores —marionetas patéticas, fronterizas— deambulaba dando órdenes y gritos, al tiempo que la estudiante modelo del mes concluía su declamación estereotipada de un poema de Bonifacio Byrne. La escuela estaba llena de casos terminales.

David comenzó a pagar novatadas desde el principio del curso, en septiembre del año anterior: le asignaron el doble de grupos, dos materias y un sueldo. La excusa fue su baja carga docente y la falta de profesores en el departamento. El cómputo era sencillo: como David se había graduado de Artes Plásticas, además tenía que impartir las clases de Música y estaba a cargo del departamento de Arte. En otras palabras: era responsable de sí mismo.

Cuando en octubre pidieron un voluntario, de su «departamento», para pasar un curso en la UNEAC, David se extrañó del nivel de apatía con que fue tomada la propuesta en el resto de las cátedras.

—¿Está segura de que esto es para la UNIÓN NACIONAL DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE CUBA? —preguntó, pronunciando cada una de las palabras con aire solemne.

—Sí, tiene que ver con esa cosa de la farándula que a ti te gusta. UNAC, UNAT, como se llame —respondió la subdirectora.

—Anjá. ¿Te apunto? El nombre del candidato por la escuela tiene que estar hoy mismo.

—David Martín —se adelantó victorioso, aunque sus colegas no participaron en la pugna. «Esa cosa de la farándula», se repitió.

—El próximo punto a tratar es la guardia docente —dijo la moderadora.

El profesor de Matemáticas comenzó a quejarse.

\*\*\*\*\*

A David no le pareció de muy buen presagio recibir el postgrado en Cuba y Amargura, una esquina en la Habana Vieja, que además de triste, exagerada o redundante, no guardaba ningún vínculo con su vocación artística. «No debe de estar tan mal. Seguro que ese museo Finlay tiene audiovisuales y merienda», se consolaba en espera de la semana de superación, que llegaría en noviembre, con los vientos fríos y el cumpleaños de alguna amiga.

Las coordenadas del seminario: del 9 al 13 de noviembre, en Cuba y Amargura, número 460, museo Carlos J. Finlay. David comprobó: fecha y lugar indicados.

En la recepción lo acreditaron y le dieron las instrucciones básicas:

—A la derecha hasta el final, luego a mano izquierda, el evento es en la biblioteca. Apúrese que va tarde.



Los ponentes aún no estaban en sus podios. Esto le dio margen para curiosear. Intentó reconocer a los intelectuales que supuso figurarían como participantes. *Niente*. Obvió la primera impresión del local y, después de tomar asiento, enfocó a la presidencia. Cuando vio el letrero que anunciaba el primer taller regional de la ORGANIZACIÓN NACIONAL DE ADMINISTRACIÓN TRIBUTARIA, recordó a la madre de la subdirectora de su escuela, a las madres de las subdirectoras de su infancia y posiblemente a todas las madres de todas las subdirectoras del mundo.

¡Un curso sobre impuestos! Por otra parte, el seminario le daba la posibilidad de estar una semana fuera del compromiso de planificar e impartir clases y de tener que rendir cuentas de cada uno de sus actos. Alejarse de la secundaria significaba planificar su vida fuera del marco estrecho de la pedagogía. O, simplemente, desconectar: levantarse casi a las nueve de la mañana, llegar al museo treinta minutos más tarde y distorsionar las voces de los encargados de enseñarle sobre educación tributaria, para perderse en las paredes del sitio que los acogía, eran acciones naturalmente concatenadas.

La biblioteca del museo ejerció en David una fascinación incomprensible: estaba compuesta por una nave rectangular de unos quince metros de largo por cuatro de ancho y otros cuatro de altura, con una claraboya que desvirtuaba la sobriedad del ambiente. La iluminación era escasa, pero apacible, con un resplandor carmelita—derivado de los muebles y algo de luz solar que penetraba por el centro de la habitación—; la atmósfera, serena, marcada por unos armarios de caoba, estilo barroco, con arcos de medio punto—que suavizaban la unión de los diferentes estantes destinados a almacenar el conocimiento—. Una escalera interior en cada extremo conducía al mezanine con sus volúmenes de tópicos relativos a la ciencia. También arriba, entre libros, censura y telarañas, se podían encontrar «bustos de cuerpo entero» de pensadores, filósofos, médicos, escritores y científicos cubanos y no cubanos.

Y a ras de suelo, las sillas estaban dispuestas en línea para alojar a los invitados al taller multipropósito sobre impuestos y deberes sociales.

Todavía seis meses después del desafortunado taller, David recordaba la armonía del local y lo anacrónico que se sintió durante cada una de las conferencias. Del contenido, sólo le fue posible retener una palabra: *moroso*, que sin entender muy bien el significado asoció mecánicamente con su padre.

\*\*\*\*\*

Desde el primer momento, supo que la secundaria básica no sería ningún paraíso perdido, pero nunca concibió un destierro tan prematuro: el disfraz que incluía tizas, borrador y registros de asistencia, a ratos le quedaba holgado y, en ocasiones, exageradamente pequeño.

En los nueve meses del curso que casi terminaba, sólo tuvo tiempo para acercarse a Juan Carlos e Ileana. Juan Carlos era un capítulo aparte. A Ileana, recién egresada de la universidad, también le había tocado igual fortuna que a David: cumplir el servicio social en la enseñanza media. Según sus conclusiones, Ileana era gallega, dueña de un oído peninsularmente cuadrado y, por ende, de una increíble facilidad para perder varios compases al bailar. Así fue como tuvieron el primer encuentro: en la plazoleta de los matutinos transformada en pista de baile por los festejos del Día del Maestro. Sonaba una canción de los Van Van y los profesores iban y venían, recibiendo contenedores de jabón, champú, desodorante y toda suerte de pacotillas que los alumnos llevaban por cariño, respeto o para ganar su favor en las calificaciones.

David la descubrió a pocos días de iniciado el curso. Cuando entró al salón de reuniones, no pudo distinguir a la trigueñita sentada cerca de la ventana, pero cuando la trigueñita cuestionó la forma en que ejercían el autoritarismo los maestros, a pesar de su pei-

nado de niña de familia, David percibió otros incendios. Entonces, por primera vez, se detuvo a detallarla: cejas pobladas, cabellera castaño oscuro, con cerquillo casi a la altura de los ojos; en la espalda, el pelo le caía cortado en capas, donde supuestamente estaría la faja del ajustador, que no necesitaban sus senos incipientes, como sorprendidos a medio desarrollo y eternizados en ese tamaño; de estatura media, con piernas largas y estilizadas que no se molestaba en esconder; rodillas moldeadas en curvas suaves y vellos rubios en el territorio comprendido entre la articulación y el borde de la saya.

«Parece un Modigliani», pensó David con interés inesperado.

Casi tres meses después de este primer impacto, pudo comprobar, en el intervalo de una canción, que Ileana era demasiado refinada para saber que hacer con las caderas, mientras la música dictaba a manera de síncopa la posición de los pies sobre la pista.

—Nada que no sea remediable —le dijo, con la complicidad de saberse superior en ese terreno.

David optó por impresionarla en un alarde de noción de mundo. No iba a ser difícil. Ileana tenía muy poco sentido del universo real que latía a dos pasos fuera de su clase o del radio de alcance de los consejos de su madre. Hablaba con el candor de sus veinticuatro años fuera de vicios: su manera de ser romántica distaba tanto de la inmadurez como del sentimiento práctico.

David fue archivando información mientras Ileana movía los labios alegremente, refiriéndose al recién finalizado festival de cine.

«Deja que le cuente al hijo de puta. Seguro que va a querer venir a levantármela».

## Etapa azul

El hijo de puta había sido, durante los últimos diez años, el mejor amigo de David. Se conocieron en una escuela al campo, en décimo grado, cuando el hijo de puta tenía dormido al campamento con un jueguito que sólo él entendía y que ni los profesores habían podido descifrar. De tal suerte, el acertijo, fraseado en una jerigonza enmarañada, seguía incógnito a quince días de trabajo agrícola.

Cada dichoso amanecer, el hijo de puta se aclaraba la garganta y soltaba el primer rafagazo de su «problema físico»:

—Pregunta uno: ¿cuántos factores tienen que interactuar para hacer coincidir dos superficies esféricas de igual masa en un punto espacial X, teniendo una esfera como referencia al propio punto estático, y la otra siendo parte de un movimiento rectilíneo uniforme que culmina en el vórtice del encuentro con la primera y que puede desviar su rumbo a cualquier ángulo y variar su velocidad en dependencia del impacto? —Hacia un alto, tomaba impulso y atacaba de nuevo—: Pregunta dos: ¿cuál es el nombre del fenómeno que se pone de manifiesto?

David había escuchado varias veces el sermón y estaba dispuesto a resolverlo sólo por acabar con tanta petulancia y, de paso, por ganar crédito con las muchachitas inteligentes que andaban locas detrás del hijo de puta y su maldito enredo sin respuesta.

Una tarde en que terminó mucho más temprano su norma de cuatro sacos de boniato —compilados, recogidos y estibados—, se recostó en una mata de mango que estaba a la cabeza del surco y durmió un par de horas. Al despertar, se convenció de que era perfectamente creíble el cuento de aquel científico que terminó su inmemorial tabla de elementos periódicos en un sueño. David había dado con la respuesta a la adivinanza del hijo de puta, pero se reservó para el horario de comida. Así garantizaba audiencia y aceptación: dos pájaros con la misma piedra.

A las 7:30 de cualquier noche —excepto los domingos, en que los alumnos recibían visita y provisiones—, el comedor era un



enjambre semirracional que se movía de una mesa a otra cargado de latas de perros calientes, mayonesa, pomos con aliño casero, aguacates, guayabas, naranjas agrias, galletas saladas, limones y cuanto cosa comestible fuera lícita para intercambiar. «Mi yuca por tu papaya», proponían los varones. Algunas hembras se ofendían, otras aceptaban el intercambio del tubérculo por la fruta.

David se sentó a una distancia prudencial y esperó a que el hijo de puta repitiera su rutina, en esa ocasión a Urrutia, el bigotudo profesor de geografía, para entonces saltar con un discursillo que había preparado de antemano.

A David le gustaba impresionar con palabras largas. Mientras más largas, mejor:

—Mira bárbaro, el resultado no es cuantificable porque tú no das datos numéricos y dejas un margen demasiado abierto a la hipótesis. De cualquier modo, si hay que especular, yo diría que deben intervenir al menos tres factores. El primero: la esfera estática, el segundo: la esfera en movimiento y el tercero: el mecanismo que hace que una esfera abandone su estado para encontrarse con la otra. Al mecanismo le podemos decir brazo y el nombre del fenómeno que se pone de manifiesto es juego de bolas, quimbe y cuarta, goyo, canica, o como le quieras decir. Ese es tu problema.

David notó el efecto de su respuesta en el público inmediato que se había agrupado para presenciar la desmitificación y aprovechó para dar el tiro de gracia, antes de que el hijo de puta pudiera reaccionar.

—Ahora vas a hacer todo esto: pensar en un número, multiplicarlo por 2, sumarle 8, dividirlo entre 2 y a esa cuenta le vas a restar el número que pensaste.

—¡Ya! —respondió el hijo de puta.

—Oká. Ahora, busca el resultado final en el abecedario.

—¡Ya!

—Búscame un país que empiece con esa letra y luego, con la primera sílaba del país, un animal, no me importa si vivo, muerto,

mitológico, real, terrestre o acuático. Yo voy a estar aquí. Me avisas cuando termines.

«Ambiente cargado», pensó David. Alrededor habían hecho sus cálculos y estaban ansiosos por la demostración de alarde del que prometía ser el nuevo genio del campamento. Un clavo saca a otro clavo, es ley. Cuando el futuro profesor de arte entendió que el tiempo transcurrido era suficiente levantó la cabeza.

—¿Cuántos de ustedes siguieron paso a paso lo que dije?  
—preguntó con apetito de victoria.

Al comprobar que todos los curiosos que lo rodeaban habían hecho sus cálculos, dijo en voz alta:

—¿Y de dónde sacaron ustedes que en Dinamarca hay dinosaurios?

Primero hubo conmoción general, después algunas risas y palmaditas en el hombro. Una cocinera pronunció la frase «ño, apretaste» dieciocho veces seguidas. Todo esto llegó convoyado con un nuevo sentimiento general: David Martín existía.

La confirmación fue sellada cuando el hijo de puta, en medio de la estupefacción articuló la primera frase coherente:

—¿Quién cojones tú eres, Michael Jackson?

—Yo soy David en la Habana, bárbaro, y tú eres el comemierda del jueguito de bolas.

—Yo soy Calixto en Cuba y comemierda será tu madre.

David analizó el peso del insulto en su trayectoria de ida y de regreso y, como le pareció parejo y, además, porque de repente el hijo de puta de Calixto, que ya tenía nombre, le pareció un hijo de puta compatible, optó por suavizar la cuerda y le extendió la mano.

—¿Pensaste que ibas a tirar el mes entero con el mismo numerito?

—Si no llegas tú, a enredar la pita, seguro. Me tienes que enseñar la porquería esa.

Calixto, el hijo de puta entregó una mano llena de ampollas y arañazos, en la que David reconoció tregua y amistad inmediatas.



Luego del pacto público de paz, salieron del comedor y entre cigarros y tragos clandestinos hablaron de guerra, pelota y posibles mujeres y chivatos del campamento, hasta que la hora del silencio impuso la pausa necesaria a una amistad surgida producto de dos trucos baratos y de una etapa al campo en los remates de algún municipio de la periferia de La Habana de finales de los ochenta.